

CRÓNICA

Changa

María Teresa Fernandez
UPEL- Instituto Pedagógico de Maturín
CILLCA
mtfernandez_litgram@yahoo.com

En la calle Trinidad del casco central de Maturín todos lo conocen. Su nombre de pila, si alguien lo supo, ya no lo recuerdan. Todos lo conocen por Changa.

Los más pequeños corren despavoridos al verlo, o al oírlo ya que su verbo, no es precisamente dulce. Adolescentes y algunos adultos le lanzan improperios sólo para “buscarle la lengua”. Gritos van y gritos vienen cuando Changa hace su habitual desfile.

Al menos dos veces al día se le ve, calle arriba o calle abajo, meciendo su instrumento de lucha: un bastón metálico que quizás encontró en algún basurero.

Aunque muchos lo consideran un “vago”, desde que lo vi por primera vez este hombre está siempre en movimiento.

Algunos comentan que Changa sí tiene un oficio. Cuentan los vecinos que todos los días recorre el centro pidiendo amablemente a los dueños de locales de la avenida Bolívar algo para comer y que todos les dan. Una vez hace algunos años, uno de esos turcos agarrados del centro se negó a contribuir con la alimentación de este ancianito, quien arremetió con su bastón contra las vidrieras del negocio. Creo que ha sido una lección ejemplar ya que desde entonces todos cooperan con Changa y amablemente le preparan lo suyo al notar su presencia. Este oficio, especulan algunos, es más lucrativo que el empleo formal o el bachaqueo.

Lo más curioso es que como cualquier ciego que se respete sabe identificar los billetes por denominación y sabe reclamar sus derechos. Algunos lo han visto “rezando” sus letanías, no apta para menores, a las puertas de algún negocio.

Pero no siempre fue Changa ciego. Cuentan las malas lenguas que el Changa veía, quizás más de la cuenta y por eso lo dejaron ciego. “Parece que fue Chabella. Le metió un trancazo por la cabeza con un sueco y del tiro quedó ciego”. “Sí, al tipo le gustaba andar fisconeando a las mujeres, por eso lo dejaron así” murmuran las vecinas en medio de un cafecito vespertino.

Lo cierto es que a Changa no se le ha conocido mujer pero el gran amor de su vida nunca lo abandona: el Ron. Bien sea para alegrarse o para olvidar sus penas, Changa siempre está acompañado de su botellita. No la comparte. Le guarda una fidelidad absoluta, irreversible, como si hubiera hecho los votos de hasta que la muerte los separe.

Este caballero que con la disciplina de un soldado, la soledad de un ermitaño, la gallardía de un héroe, el guáramo de una leona y la alegría del oriental es, ha sido y será un monumento viviente de la calle Trinidad.